

Adicción a los chinos

Elizabeth Corral¹

*El viaje como actividad continua, las frecuentes sorpresas,
la coexistencia con lenguas, costumbres, imaginarios
y mitologías diferentes... todo eso afirmó mi visión.*

Sergio Pitol

Viajar a China significa asistir a una realidad de distinto orden. La modernidad tan desbocada que se ve en las grandes ciudades convive con una historia milenaria que deja sentir su fuerza y con un régimen de gobierno que se ostenta en el nombre mismo del país.

La mezcla, quizá inconcebible para nosotros, parece no perturbar a la mayoría de los nativos. El visitante se sorprende de lo lejano que le resulta la imagen del “glamour occidental” aun cuando el crecimiento adopte las formas visibles del capitalismo: proliferación de edificios y centros comerciales, presencia de todas las marcas conocidas, anillos periféricos que no disminuyen los embotellamientos, publicidad visual que recuerda las imágenes futuristas de *Blade Runner*, sobre todo porque tampoco faltan las muchedumbres. Pero los chinos tienen un estilo propio que los diferencia aunque se vistan de occidentales, una diferencia que en una simplona primera instancia puede atribuirse al feliz maridaje de disciplina y tolerancia: los habitantes de una ciudad de las dimensiones de Pekín dan la agradable impresión de no padecer las tensiones que aquejan a este lado del mundo. Una civilización antigua, y China es una de

¹ Coordinadora de la Maestría en Literatura Mexicana del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias (iii-l), uv.

las más antiguas, no sólo se compone de apariencias; tal vez por eso pronto empezamos a considerar el crecimiento material como una especie de escenografía que construyen de acuerdo con las reglas del juego, sin olvidar que se trata de un juego, al mismo tiempo que mantienen usos y costumbres que han mostrado sus bondades a lo largo de los siglos. En oposición a lo que suele pasar en otras grandes capitales, los lugares “turísticos” de China cuentan en primer lugar con la presencia de los propios chinos, un pueblo que con toda razón muestra interés y admiración por su pasado.

Sergio Pitol se integra a lo chino con la soltura que tiene un pez en el agua y eso da un significado especial a la inauguración, en Chongqing, del Centro de Estudios sobre México y América Latina que lleva su nombre, un proyecto que impulsan la Universidad Veracruzana y la Universidad de Ciencia y Tecnología de esa ciudad, considerada la capital del interior del país. El maestro fue a la ceremonia y su viaje permitió la organización de otros encuentros, en particular con estudiantes. En Pekín, en la Universidad del Pueblo (Renmin), dialogó con dos de los más grandes escritores vivos de China, Yan Lianke y Liu Zhenyun; en la Universidad de Estudios Internacionales de Beijing (BISU) habló con estudiantes chinos que estudian español e hispanoamericanos que estudian chino; en el Instituto Cervantes dio la conferencia que aparece en esta misma publicación. Fue su tercer viaje al país que conoció cuando era joven y al que volvió en 2006, un nuevo regreso en el que quiso reconocer el terreno y al mismo tiempo estar atento a los cambios luego de cinco años de ausencia. Visitó algunos de los lugares a los que fue antes y sobre los que ha escrito páginas notables –el Templo del Cielo y el Palacio de Verano, por ejemplo– y midió la temperatura social interactuando con todos los chinos que encontró en su camino, porque no sólo se entiende con ellos sin necesidad de hablar, sino que ellos parecen reconocer en él un estilo que le resta extranjería, una sorprendente familiaridad que los llevó a afirmar lo que el colombiano Andrés Bermúdez escribe en su nota sobre el viaje: “es el más chino de los escritores latino-americanos”.

En uno de los homenajes que el Hay Festival le ofreció a Pitol en Xalapa, Cristina Fernández Cubas recordó los viajes que hizo en los años setenta a instancias del escritor.

Pitol es “un impulsor de locuras ajenas, aparte de las propias”, dijo, “uno de los amigos más creativos que he tenido, porque dan ganas de hacer cosas”. A pesar del tiempo transcurrido, las palabras de la española siguen teniendo plena vigencia. Viajar con la guía de Sergio Pitol equivale a tomar un curso intensivo con quien de veras sabe lo que se trae entre manos. Deambula, se pierde en calles con mucho de laberinto, reconstruye trozos de verdadera memoria al observar la coincidencia en el tiempo de objetos de distintas épocas.

Durante un viaje rememora otros viajes que dan nuevos sentidos al recorrido y al mismo tiempo señala aspectos clave para la comprensión del país en los que sólo él se fija. Todo está en todo. A una vitalidad que es la envidia de cualquiera se añaden su aguda intuición y una curiosidad ajena a cualquier tipo de prejuicio que le permite adaptarse a los contratiempos. La visita al Palacio de Verano que estaba en remodelación se convirtió en un paseo en barca por el lago que ofrece un ángulo distinto del conjunto; una espera más larga de lo planeado a la entrada de un restaurant le permite observar la larga concentración sin interrupciones de un niño que juega ajedrez chino con su madre; durante los prologados trayectos en aviones abarrotados advierte que no se escucha llorar a los niños chinos, a pesar de que abundan; el recorrido del hotel de Chongqing al aeropuerto, dos lugares a una hora de carretera, le hace preguntarse por qué, a pesar de la lejanía, ambos llevan el nombre de la ciudad. Da en qué pensar. Investiga todo, se trate de un detalle de la imperial Ciudad Prohibida, del cuadernillo con ilustraciones que lee Marco, el chofer de Pekín, o de la boda celebrada en el hotel de Chongqing.

Antes de salir de México, Pitol buscó ponerse en contacto con las personas que quería encontrar. Lamentó que dos de sus amigos,

Sergio Pey y Flora Botton, grandes conocedores de la cultura China, ya no estuvieran en cargos diplomáticos, e intercambió mensajes con el profesor Chen Zhongyi, director del Instituto de Lengua Extranjera de la Academia de Ciencias Sociales de China, a quien conoce desde hace años, cuando el profesor era un joven que estudiaba en México. Fue él, un apasionado de la literatura mexicana, quien en 2006 invitó al recién galardonado con el Premio Cervantes a dar una conferencia en la Academia, y el que propició el diálogo con los escritores chinos de la Universidad Renmin. Chen Zhongyi esta vez lo invitó a comer a un restaurant, cercano a la Academia, que colinda con un teatro. A la salida parecían haberse agudizado los rasgos de Pitol que los chinos reconocen como propios, maravillado ante las enormes y magníficas fotos de la Ópera de Pekín que mostraba con júbilo a sus acompañantes. En “Nocturno de Bujara”, uno de sus grandes relatos, el protagonista trata de afirmarse en la idea de que los mexicanos en el fondo también somos asiáticos, idea atractiva que la personalidad de Sergio Pitol parece confirmar.

A la última cena de hispanos en Pekín llegó una joven china, amiga de uno de los comensales, y habló con entusiasmo para todos, aunque sólo dos entendían lo que decía. El rostro de Pitol se iluminó. Le preguntaron entonces si la joven le caía bien. Mucho, contestó, es feliz.